

Capítulo 20

El Milenio: La verdad real sobre los mil años del Apocalipsis

Apocalipsis 20

Apocalipsis 19 termina con una descripción dramática del regreso de Jesús y la destrucción de los impíos. Pero la historia no ha terminado. La rebelión de Satanás está derrotada, pero no acabada. Todavía hay una escena más en el Gran Conflicto, antes de que la armonía reine en todo el Universo para siempre. Esa escena se conoce como el “Milenio”, un período que dura mil años. El Milenio es el tema de Apocalipsis 20.

El término proviene de dos palabras latinas, *mille* (mil) y *annus* (año). La palabra *milenio* no aparece en ninguna parte de la Biblia, y el tema se trata solo aquí en Apocalipsis 20. Sin embargo, el Milenio, o los mil años del Apocalipsis, es un tema importante y fascinante.

Los estudiosos de la Biblia tienen muchas ideas diferentes sobre el Milenio: de qué se trata y cuándo ocurrirá. Algunos creen que tendrá lugar antes de que Jesús regrese. Creen que el éxito creciente en la difusión del evangelio acabará por traer justicia y paz a toda la Tierra, y que el resultado será una edad de oro de mil años. Entonces, Jesús regresará para marcar el comienzo de la Eternidad. Otros creen que el Milenio tendrá lugar después del regreso de Jesús. Muchos de los que sostienen este punto de vista también creen que Jesús establecerá su Reino en la Tierra durante este período de mil años. Un tercer grupo cree que el

Milenio de Apocalipsis 20 es una imagen simbólica y no un período de tiempo real de mil años.

Veamos qué tiene que decir Apocalipsis sobre este período de mil años.

Satanás atado en el abismo

Juan dice:

Entonces vi a un ángel que descendió del cielo con la llave del abismo y una gran cadena en su mano. Prendió al dragón, esa serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años. Lo arrojó al abismo, lo encerró y selló, para que no engañe más a las naciones, hasta que se cumplan mil años. Después tiene que ser suelto por un poco de tiempo (Apoc. 20:1-3).

Nos hemos encontrado con el “abismo” en relación con la quinta trompeta. “El quinto ángel tocó la trompeta, y vi una estrella que cayó del cielo a la tierra y se le dio la llave del pozo del abismo. Y cuando abrió el pozo del abismo, subió una humareda como el humo de un gran horno” (Apoc. 9:1, 2). Al vincular estos versículos con Apocalipsis 8:10, identificamos a Satanás como la “estrella” que cayó del Cielo y como el que tiene la llave del abismo. Pero aquí, en Apocalipsis 20, Juan describe que Satanás es atado con una cadena y arrojado al abismo por un ángel que tiene la llave. ¿Cómo explicamos el cambio? ¿Cómo pasa Satanás de tener el control del abismo a estar cautivo en él? Una vez tuvo la llave; ahora, otro la tiene. ¿Qué ha sucedido?

La respuesta corta es que ocurrió la segunda venida de Jesús. La posición de Satanás antes de la segunda venida de Jesús será muy diferente de su situación una vez que Jesús haya regresado. Como el capítulo 19 lo describe tan dramáticamente, el Cristo vencedor descendió a la Tierra a la cabeza de los ejércitos del Cielo. Ha quedado bien en evidencia quién se salva y quién se pierde, porque los impíos han sido muertos y los justos han recibido la inmortalidad. Antes de la Segunda Venida, Satanás todavía estaba trabajando con hombres y mujeres para oponerse a Dios. Después de la Segunda Venida, él y sus ángeles todavía están en rebelión contra Dios, pero ahora Satanás no tiene a nadie en la Tierra para usar como sus agentes en el Gran Conflicto. Ya no hay nadie para tentar y engañar. Los muertos justos han resucitado y, junto con los vivos justos, han sido arrebatados para encontrarse con Cristo en el aire en su segunda venida (1 Tes. 4:16, 17). Los malvados, o los no salvos, son destruidos por el resplandor del regreso glorioso de Cristo (Heb. 12:29; 1 Tes. 1:7-10). Antes, Satanás podía hacer que el humo de la rebelión saliera del abismo. Podía nublar las mentes con el humo del engaño. Ahora, está en un abismo creado por él mismo, y permanecerá allí durante mil años. Las imágenes de Apocalipsis 20:1 al 3 son simbólicas. Satanás no está literalmente atado con una cadena y encerrado en un pozo. Durante mil años, está confinado a esta Tierra desolada y despoblada, atado por las circunstancias que él mismo ha creado. La “cadena” que sujeta a Satanás durante el Milenio es simbólica. En 2 Pedro 2:4, leemos que Satanás y sus ángeles estaban reservados para ser castigados, “encadenados en la oscuridad” (TLA). Satanás será confinado a la Tierra por una cadena de circunstancias, sin nadie a quien tentar. Durante mil años, verá la devastación, la destrucción y el desastre que ha creado su rebelión.

La palabra griega traducida como “abismo” es la misma palabra que se usa en la Septuaginta, la versión griega del Antiguo Testamento, para describir la Tierra al comienzo de la Creación. “La tierra estaba desierta y vacía, las tinieblas cubrían la superficie del abismo” (Gén. 1:2). La palabra traducida como “abismo” es la misma palabra griega: *abussos*, “abismo”. Describe una Tierra desolada. El “abismo” no es una caverna subterránea o un abismo enorme en algún lugar del Universo. El tremendo caos en la Tierra que precede a la Segunda Venida —los grandes terremotos y las tormentas de granizo y el aplanamiento de las montañas— ha hecho que el planeta vuelva a ser una masa oscura y desorganizada, como su condición al principio de la Creación.

El profeta Jeremías describió la condición de la Tierra durante el Milenio con estas palabras:

Miré la tierra, y estaba sin forma y vacía,

y el cielo estaba sin luz.

Miré los montes, y estaban temblando,

y todos los collados se estremecían.

Miré, y no había ni un solo hombre,

y todas las aves del cielo se habían ido.

Miré, y la tierra fértil era un desierto,

y todas sus ciudades estaban en ruinas (Jer. 4:23–26).

Este es el “abismo” donde Satanás debe permanecer por mil años. A su alrededor están los resultados de su rebelión, y tiene tiempo suficiente para reflexionar sobre la desolación que ha

causado. También es significativo que Jeremías use las expresiones “y no había ni un solo hombre, y todas las aves del cielo se habían ido”. “La tierra fértil era un desierto, y todas sus ciudades estaban en ruinas”. El profeta enfatiza aquí la destrucción catastrófica en la segunda venida de Cristo y que ninguna persona queda viva en la Tierra durante este período de mil años. Él confirma este hecho usando un lenguaje aún más dramático en Jeremías 25:33: “En ese día serán muertos por el Señor desde un extremo de la tierra hasta el otro. No serán llorados, ni juntados, ni enterrados; serán como estiércol sobre la tierra”. La Tierra quedará completamente despoblada después del regreso de Cristo. Satanás se queda solo para ver los estragos causados por su rebelión. El Universo entero, al mirar una Tierra desolada, reconoce de nuevo que la paga del pecado es muerte.

Dios está lidiando con el problema del pecado de una manera que asegurará al Universo que el pecado nunca se levantará por segunda vez (Nah. 1:9). Dios lo hace de tres maneras principales: En primer lugar, revela su amor ilimitado, su deseo apasionado y sus incansables esfuerzos por salvar a toda la humanidad. Segundo, revela su justicia, su equidad y su rectitud. Finalmente, permite que el Universo vea los resultados finales del pecado y la rebelión.

Reinando en el cielo

En la Segunda Venida, los redimidos son trasladados al Cielo. Mientras Satanás languidece en una Tierra deshabitada durante mil años, ellos viven y reinan con Jesús en el Cielo. Juan dice: “Y vi tronos; y en ellos [los redimidos] se sentaron los que recibieron autoridad para juzgar. Y vi las almas de los decapitados por el testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, quienes no habían adorado a la bestia ni su imagen, y no habían

recibido la marca en su frente ni en su mano. Estos volvieron a vivir, y reinaron con Cristo mil años” (Apoc. 20:4).

¿Qué tendrán los salvos en el Cielo durante mil años? Tomará algún tiempo acostumbrarse a las vistas y los sonidos del Cielo, ¿no crees? Los dos capítulos finales de Apocalipsis intentan describir cómo serán el Cielo y la Vida Eterna. Pronto examinaremos esos capítulos, pero incluso después de hacerlo, solo podremos tener una comprensión muy imperfecta de la realidad de vivir y reinar con Jesús en el Cielo. Sí, ¡tardaremos un poco en acostumbrarnos al Cielo!

No obstante, los salvos de la Tierra estarán ocupados con una serie de actividades en el Cielo durante los Mil años. El versículo 4 dice que los santos vivirán y reinarán con Cristo durante este tiempo. ¿Qué significa esto?

Significa que, durante el Milenio, los justos tendrán la oportunidad de observar de primera mano la justicia y el amor de Dios en la forma en que ha resuelto el problema del pecado. De una manera nueva, con más fuerza que nunca, los salvados captarán los poderosos intentos de Dios por salvar a todos los que han vivido. Se darán cuenta, nuevamente, de que todos los que no han sido salvos se han perdido el Cielo debido a su propio rechazo personal de los llamados de Cristo. Si hay un ser querido o un amigo cercano que está ausente del Cielo, los salvados tendrán la oportunidad de entender más plenamente todo lo que Jesús hizo para atraer a esa persona hacia él, y por qué no respondió. Dios contestará pacientemente cualquier pregunta.

El apóstol Pablo escribió a los cristianos en Corinto: “¿No saben que hemos de juzgar a los ángeles?” (1 Cor. 6:3). Mientras los justos viven y reinan con Cristo en el Cielo durante el Milenio, revisaremos el juicio final de Satanás y sus ángeles, que ocurrirá

al final de los Mil años. Toda esta apertura y revisión demostrará, más allá de cualquier duda posible, que Dios ha sido justo y equitativo en todos sus tratos con el pecado y los pecadores. Él será reivindicado frente a todas las acusaciones de Satanás en su contra. El Universo entero verá más claramente que nunca la sabiduría de Dios al tratar con el Gran Conflicto. Comprenderán más plenamente el amor y la justicia de Dios. En un gran coro celestial, exclamarán: “¡Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso! ¡Justos y verdaderos son tus caminos, Rey de las naciones!” (Apoc. 15:3).

Sin embargo, el último capítulo de la Gran Controversia aún no se ha desarrollado. Juan declara: “Después [Satanás] tiene que ser suelto por un poco de tiempo” (Apoc. 20:3).

¿Cuándo comienza y termina el milenio?

Esta es la primera resurrección. Pero los demás muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron los mil años. ¡Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección! La segunda muerte no tiene poder sobre ellos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él durante los mil años (vers. 5, 6).

Estos versículos han confundido a algunos estudiantes de la Biblia, así que examinémoslos detenidamente. Si nos fijamos en las dos frases del versículo 5, podría parecer que la “primera resurrección” es la resurrección de “los demás muertos” y que tiene lugar al final de los mil años. Lo cierto es que es lo contrario. Verás, no debemos mirar los versículos 5 y 6 de forma aislada del versículo 4, que los precede. Así que, echemos un vistazo de cerca a estos tres versículos: 4, 5 y 6, y determinemos exactamente lo que están diciendo:

1. Hay una “primera resurrección”. Los resucitados en esta primera resurrección son “bienaventurados y santos” (vers. 6). Ellos “reinarán con él [Cristo] durante los mil años” (vers. 6). Aquellos que viven y reinan con Cristo por mil años incluyen a los mártires y a aquellos que han vencido a la bestia y su imagen y su marca (vers. 4). Está claro, entonces, que la “primera resurrección” es la resurrección de los justos en la segunda venida de Cristo (ver 1 Tes. 4:16, 17; 1 Cor. 15:51-57).
2. Una “primera resurrección” implica que hay una segunda resurrección. Jesús habló de dos resurrecciones: una resurrección para vivir y una resurrección para ser condenados (Juan 5:28, 29). Apocalipsis 20:6 dice que los resucitados en la primera resurrección son benditos y santos; entonces, la primera resurrección es la resurrección para vivir de la que habló Jesús. La segunda resurrección, entonces, debe ser la resurrección para ser condenados. Los resucitados en esta segunda resurrección deben ser los malvados.
3. “Los demás muertos” (vers. 5) se refiere a los impíos. El versículo 4 ha estado describiendo a los salvos que viven en el Cielo con Jesús por mil años. Luego sigue el verso 5, que dice: “Los demás muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron los mil años”. Así que “los demás de los muertos” son los que no resucitaron en la primera resurrección: los malvados. Los no salvos son resucitados al final del Milenio en la resurrección para ser condenados de la que habló Jesús.

Resumamos lo que hemos aprendido de estos versículos, considerando cuándo comienza y termina el Milenio:

1. El Milenio comienza con la Segunda Venida, cuando los justos muertos son resucitados y llevados al Cielo junto con los justos vivos. Todos los salvos viven y reinan con Cristo en el Cielo durante el Milenio.
2. En la Segunda Venida, los impíos vivos serán destruidos por el resplandor de la venida de Cristo (2 Tes. 2:8). Los impíos que han muerto antes del regreso de Jesús permanecen inconscientes en la tumba. Así, durante el Milenio, todos los impíos están muertos en la Tierra. Ellos (“los demás muertos”) son resucitados en la segunda resurrección para ser condenados al final del Milenio.
3. Durante el Milenio, Satanás y sus ángeles quedan confinados a esta Tierra, desolada y no habitada por seres humanos.

Así, el Milenio comienza con la resurrección de los justos en la segunda venida de Jesús y termina mil años después con la resurrección de los impíos. ¿Qué propósito tiene resucitar a los malvados? ¿Por qué no dejarlos en su tumba? Todo lo que Dios hace tiene un propósito eterno. La resurrección de los malvados demuestra claramente que salen de su tumba con las mismas características de codicia, egoísmo y rebeldía con las que entraron. Una segunda oportunidad de salvación es innecesaria, porque su corazón está completamente endurecido en rebelión contra Dios.

La batalla final

Juan escribe:

Quando se cumplan los mil años, Satanás será suelto de su prisión, y saldrá a engañar a las naciones que están sobre los cuatro ángulos de la tierra –a Gog y a Magog–, a fin

de reunirlos para la batalla. Su número es como la arena del mar. Subieron a través de la ancha tierra, y cercaron el campamento de los santos y la ciudad amada; pero de Dios descendió fuego del cielo y los consumió. Y el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde también estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche para siempre (Apoc. 20:7-10).

Satanás es liberado de su prisión al final de los Mil años, porque los impíos son resucitados. Durante Mil años, no ha tenido a nadie a quien tentar o engañar. Él y sus ángeles han estado solos para reflexionar a dónde los ha llevado su rebelión contra Dios. Ahora, sin embargo, Satanás tiene un vasto ejército de seguidores. Su número es como la arena del mar (vers. 8). Todos los malvados que alguna vez vivieron ahora están vivos una vez más sobre la Tierra.

A pesar de que Satanás ha sufrido derrota tras derrota en el Gran Conflicto, todavía no está listo para poner fin a su rebelión. Sale a engañar a “las naciones”, a toda esa enorme multitud de perdidos. Hay grandes generales en esa multitud; hay autores intelectuales del mal. Hay personas talentosas, enérgicas y con grandes cualidades de liderazgo. Antes del Milenio, usaron esas energías y talentos para oponerse a Dios. Ahora, no están más dispuestos a someterse a él de lo que alguna vez lo estuvieron. Satanás los inspira a hacer un último gran esfuerzo para derrocar a Dios y establecer su propio reino.

La expresión “a Gog y a Magog” simboliza las multitudes de incrédulos que están en rebelión contra Dios. Puedes leer más sobre esta frase en Ezequiel 38:1 y 2. Gog, de la tierra de Magog,

se representa como un enemigo del pueblo de Dios que intentaría atacarlo y destruirlo. Dios utiliza este símbolo literario para representar a Satanás y a los no salvos de todas las épocas en su ataque a la ciudad santa de Cristo, la Nueva Jerusalén, al final del Milenio. Satanás y sus seguidores rodean “el campamento de los santos y la ciudad amada” (Apoc. 20:9).

¡Al final del Milenio, todos los impíos resucitarán y la Ciudad Santa, la Nueva Jerusalén, descenderá a la Tierra desde el Cielo! Juan dice: “Y yo, Juan, vi la santa ciudad, la Nueva Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, engalanada como una novia para su esposo” (Apoc. 21:2). Los santos han estado viviendo y reinando con Cristo en la Nueva Jerusalén durante el Milenio. Ahora, al final de los Mil años, la ciudad desciende a la Tierra junto con Dios, Jesús, los ángeles y todos los redimidos. Todos están presentes para la batalla final del Gran Conflicto. ¡El pecado está a punto de ser erradicado de una vez por todas!

El juicio del “gran trono blanco”

Juan continúa:

Entonces vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él; de su presencia huyeron la tierra y el cielo, y no fueron hallados más. Y vi también a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante el trono. Los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el libro de la vida. Y los muertos fueron juzgados, según sus obras, por las cosas que estaban escritas en los libros. El mar dio a los muertos que estaban en él, y la muerte y el sepulcro dieron a los muertos que estaban en ellos; y cada uno fue juzgado

según sus obras. Y la muerte y el sepulcro fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. El que no fue hallado escrito en el libro de la vida fue lanzado en el lago de fuego (Apoc. 20:11-15).

Satanás y su enorme ejército de malvados rodean la Santa Ciudad. Tienen la intención de pelear una batalla final por la supremacía: ganen o pierdan. El último capítulo del Gran Conflicto está llegando a su conclusión. Justo cuando el ejército de los malvados se prepara para asaltar la Ciudad Santa, se detiene al ver un gran trono blanco en el que se sienta Dios.

Esta es la imagen del juicio que a menudo tenemos en mente cuando pensamos en el Día del Juicio. Pero, como hemos visto previamente en los libros de Daniel y Apocalipsis, el Juicio ha estado ocurriendo en el cielo desde 1844, determinando quién ha aceptado la oferta de salvación de la gracia de Dios y quién la ha rechazado. Este juicio del “gran trono blanco” no está diseñado para determinar quién se salva y quién se pierde. Eso ya está decidido. Este juicio está diseñado para acabar con el pecado de una vez por todas. Este juicio tiene la intención de establecer en la mente de cada criatura en el Universo que Dios es justo y equitativo. A cada persona perdida en ese vasto ejército de Satanás se le muestran exactamente los cargos por los que él o ella es condenado. Ven su elección de vida en toda su realidad. Están convencidos de que el juicio de Dios es justo y de que ellos mismos se negaron la posibilidad de vivir en el Cielo. “Vivo yo –dice el Señor–, que ante mí se doblará toda rodilla, y toda lengua confesará a Dios” (Rom. 14:11; Fil. 2:9-11). Todos en esa multitud de perdidos se arrodillarán y reconocerán que Dios los ha tratado con justicia. Incluso Satanás y sus ángeles deben confesar que los juicios de Dios son justos.

El fin del gran conflicto

Finalmente, desciende fuego de Dios y los devora, a todos los que no están escritos en el Libro de la Vida del Cordero (Apoc. 20:9, 15). “Esta es la muerte segunda” (vers. 14). Esta muerte es definitiva; es eterna. Esta muerte es a la que se refería el apóstol Pablo cuando escribió: “La paga del pecado es la muerte” (Rom. 6:23). Satanás y sus ángeles son destruidos en el lago de fuego (Apoc. 20:10; Mat. 25:41). El pecado es completamente erradicado del Universo, para nunca volver a levantarse (Nah. 1:9). La muerte misma y el Hades (el sepulcro) son destruidos en el fuego final (Apoc. 20:14). ¡El Gran Conflicto ha finalizado!

El fuego que devora a los malvados, junto con Satanás y sus ángeles, también purifica la Tierra. El apóstol Pedro habla del “día del Señor” en el cual “la tierra y todas sus obras serán quemadas”, e incluso “los elementos serán destruidos por el fuego” (2 Ped. 3:10). De las cenizas de ese infierno, Dios creará un Cielo nuevo y una tierra nueva, donde solo existirá la justicia (2 Ped. 3:13). Esa nueva Tierra y la Nueva Jerusalén son los temas de los dos últimos capítulos de Apocalipsis. Pero, no pases por alto este concepto. Cuando Jesús regrese, habrá solo dos grupos.

Mucha gente hoy en día desearía poder cruzar la valla. Duda de hacer una entrega completa a Cristo. Se sienten atraídos por el evangelio, pero temen que, si entregan su vida por completo a Cristo, podría ser demasiado restrictivo para ellos. Disfrutan del dulce sonido del evangelio, pero les resulta difícil dejar de lado sus pecados favoritos. No llegan al punto de entrega total.

Este es un error fatal. Ser casi salvo es estar ciento por ciento, total y completamente perdido. Millones de personas se engañan a sí mismas, razonando que en algún momento futuro podrán volver atrás y todo estará bien. Entre las grandes multitudes de

los perdidos, cuando Cristo regrese, habrá muchos que sabían y creían en la verdad, muchos que escucharon al Espíritu Santo hablar a su corazón. Como el rey Agripa, “por poco” se persuadieron (Hech. 26:28), pero vacilaron y no avanzaron en su entrega.

Verán la Ciudad Santa descender del Cielo, de Dios. Oirán los cantos gloriosos de los salvados, y dirán: “Pasó la siega, se acabó el verano, y nosotros no hemos sido salvados” (Jer. 8:20).

“Hoy”, dice la Escritura, “si hoy oyen su voz, no endurezcan su corazón” (Heb. 4:7). “Ahora es el tiempo aceptable, ahora es el día de la salvación” (2 Cor. 6:2). Los brazos de Cristo están abiertos para ti en este momento. El tiempo de gracia para los seres humanos todavía no se ha acabado. Él te quiere en el Cielo más de lo que puedes imaginar. Él ha hecho todo lo posible para salvarte. ¿Le abrirás tu corazón a él ahora mismo? ¿Responderás a su amor sin reservas y elegirás servirlo para siempre?